

PREMIO RAPA-NUI
-1947-

COLORI

JOAQUIN GUTIERREZ



JOAQUIN GUTIERREZ.

COCORI

Premio Rapa-Nui 1947



EDITORIAL
RAPA-NUI

SANTIAGO DE CHILE

1947



CAPITULO VI

LOS CAIMANES TIENEN MALAS PULGAS

La selva se abrió de pronto y apareció ante ellos el agua barrosa de la laguna del Caimán, orillada de mangles. Las raíces de los mangles se abrían como dedos que se hundían en el agua, formando múltiples canales bajo el follaje.

Don Torcuato no se divisaba. Seguro estaría tomando su baño matinal.

El Tití caminó por la orilla haciendo una inspección general. Trepó por un tronco caído, verdoso de lluvia, y caminó por encima haciendo equilibrio. Cuando llegó a la punta, contento de haber puesto término a su expedición, se paró de manos.

El tronco se remeció. Y junto al ojo del Tití se descorrió una costra rugosa. En el fondo había un ojo inyectado en sangre que lo miraba echando fuego.

El mono, con un chillido de terror, se suspendió de un mangle con la cola y se perdió entre las hojas.

Don Torcuato se desperezó, borracho de sol, arqueó el lomo y, furioso de que le hubieran interrumpido su siesta de sobremesa, dió un tarascón al aire.

—¡Allí está, allí está! —gritó el Pájaro al divisar a su amigo.

Pero ni Cocorí, escondido entre unas yerbas, temblando, ni doña Modorra, convertida en un pedrón dentro de su caparacho, le prestaron atención alguna.

El Pájaro voló alrededor de la boca: —pi, pi, pi. Al verlo se dulcificó la expresión de don Torcuato, abrió la enorme tarasca y se quedó esperando. El Pájaro entró en la boca como Pedro por su casa y fué a posarse sobre la doble hilera de dientes que relumbraban aguzados. Luego comenzó a picotear, escarbando la comida entre los intersticios de los molares.

Ese día don Lagarto se había almorzado una gruesa de ranas y agradeció infinitamente el papel de palillo de dientes que cumplía su amigo a la perfección.

—Don Torcuato, ¡qué magnífica dentadura! No tiene ni una carie. Se ve que está usted en plena juventud —comenzó a decirle el Pájaro, dispuesto a adularlo un poco.

—Quengo jolo quejientos años —contestó el Lagarto hablando con la boca abierta.

Cocorí, desde su escondite, sintió otra vez el fuego de la rebeldía. Que ese animalote maligno tuviera trescientos años y su Rosa sólo un día. ¿Por qué?

—Pues a pesar de su juventud —prosiguió el avecita, toda empalagosa— la fama de su saber y buen criterio ha trascendido ya por toda la selva.

—Ga jera hora —se esponjó halagado el Lagarto.

—Hoy mismo he tenido noticia de unos peregrinos que esperan que usted les resuelva algunos problemas y que luego lo elogiarán por todos los confines del bosque.

Don Lagarto pensó para sus adentros lo bien que le vendría un poco de propaganda para convencer a algunos escépticos que no le reconocían sus méritos.

—¿Quiere que los introduzca a su presencia? —terminó el ave, mientras le escarbaba un colmillo.

Don Torcuato, digno y distante, bajó los párpados en señal de asentimiento y se revistió de solemnidad.

A una señal del Pajarito, Cocorí, todo medroso, apartó las ramas y, lentamente, se adelantó por la arenisca caliente hasta quedar a sólo pocos metros del tres veces centenario don Torcuato. La Tortuga, más prudente, se conformó con estirar media pulgada de pescuezo para escuchar mejor.

El Lagarto miró interrogante: —¿Quién será este Negrito temerario? —pensó.

Y Cocorí tragó el nudo que tenía en la garganta y se decidió por fin a hablar:

—Ilustre don Torcuato —comenzó, recordando el tratamiento que le había recomendado doña Modorra.

—Ejem, ejem —dijo el Cocodrilo muy de acuerdo con lo de ilustre.

—Quería dirigirme a usted, porque sé que, siendo tan viejo, sabrá todas las respuestas.

El Pájaro, que sabía que don Torcuato le gustaba pensar que estaba en la flor de la juventud, comenzó a aletear furiosamente para crear una alharaca que no lo dejara oír aquella imprudencia de Cocorí. —¡Por Dios, llamarlo Viejo de buenas a primeras! Y al mismo tiempo le habló zalamero:

—¡Ah! poderoso don Torcuato, qué espléndido festín tuvo usted hoy —le dijo, a pesar de que ya estaba harto de fibras de rana.

El recuerdo de su banquete resultó amable para el Cocodrilo que se relajó y olvidó el poco tacto de Cocorí. Este, que no se había dado cuenta de nada, prosiguió:

—Por eso vengo a hacerle una pregunta: ¿por qué mi Rosa vivió tan poco y otros en cambio se cansan de contar las lunas?

Los ojos del Caimán parpadearon extrañados: ¿Cómo podía nadie interesarse por una flor, algo tan insignificante? ¿Para qué servían las flores? ¡No se podían comer! Sólo para que esas majaderas de las mariposas se entretuvieran oliéndolas. El había esperado que le preguntaran algo respecto a sus gustos culinarios, a su última pelea con el Toro salvaje, o algún recuerdo de su padre, don Torcuato el Viejo, tan venerable que tenía el recuerdo de cuando llegaron las carabelas de Colón. Pero, ¿una flor? ¡Puah!

Cocorí, desconcertado ante el silencio del Caimán, explicó;

—Era tan hermosa, esparcía sólo bondad, y en un día se deshojó. ¡En cambio usted, ya ve todos los años que tiene!

¡Y dale! El Pájaro picoteó desesperado en un colmillo, armando un escándalo de pájaro carpintero, sintiendo que don Torcuato comenzaba a tragar saliva.

¿Cómo podía este gusanillo impertinente compararlo a él, don Torcuato, el Lagarto, con una flor? ¡Ni con nada! Era ya demasiado.

—Y usted sabe —proseguía el atolondrado Cocorí, que a usted no le tienen miedo nada más que por atropellador... es decir... —Quiso atenuar la impresión dándose cuenta de que había ido un poco lejos.

La tarasca se cerró con un estruendo de dientes rechinantes. El ruido rodó como un trueno río abajo. El pajarillo, Pi, pi, pi, alcanzó a ponerse a salvo, dejando dos o tres plumas que asomaron por las mandíbulas de don Torcuato.

Cocorí comprendió por fin que era hora de escabullirse en dirección a los árboles que veía ahora tan distantes. Ya la Tortuga había emprendido una prudente retirada y comenzaba a alcanzar los primeros matorrales con la lengua afuera. Desde allí le gritó:

—Escápate, Cocorí.

El Caimán se lanzó recto como una jabalina contra los talones del Negrito. El playón le aparecía interminable al pobre Cocorí.

El Caimán gana terreno. Dos abejorros apuestan doble contra sencillo a que se lo come, y el pájaro piensa para sus adentros:

—Pobre Cocorí, tiene la carrera perdida.

A doña Modorra el miedo la paraliza. Está hecha una gelatina de miedo dentro de su concha. Pero, arrastrada por el amor a su amigo, se atreve a gritarle:

—¡Cocorí, no corras en línea recta porque te alcanza. Corre dando círculos!

El Negrito comprende el consejo salvador y comienza a ejecutarlo. Se separa del camino que lleva y tuerce a la derecha. Torciendo siempre, va describiendo una espiral sobre la arena del playón.

Don Torcuato cede terreno, porque si en las rectas corre como un caballo al galope, en cambio para darse vuelta le estorba su enorme armazón y sus vértebras torpes. Pesadamente se desplaza hacia la derecha también.

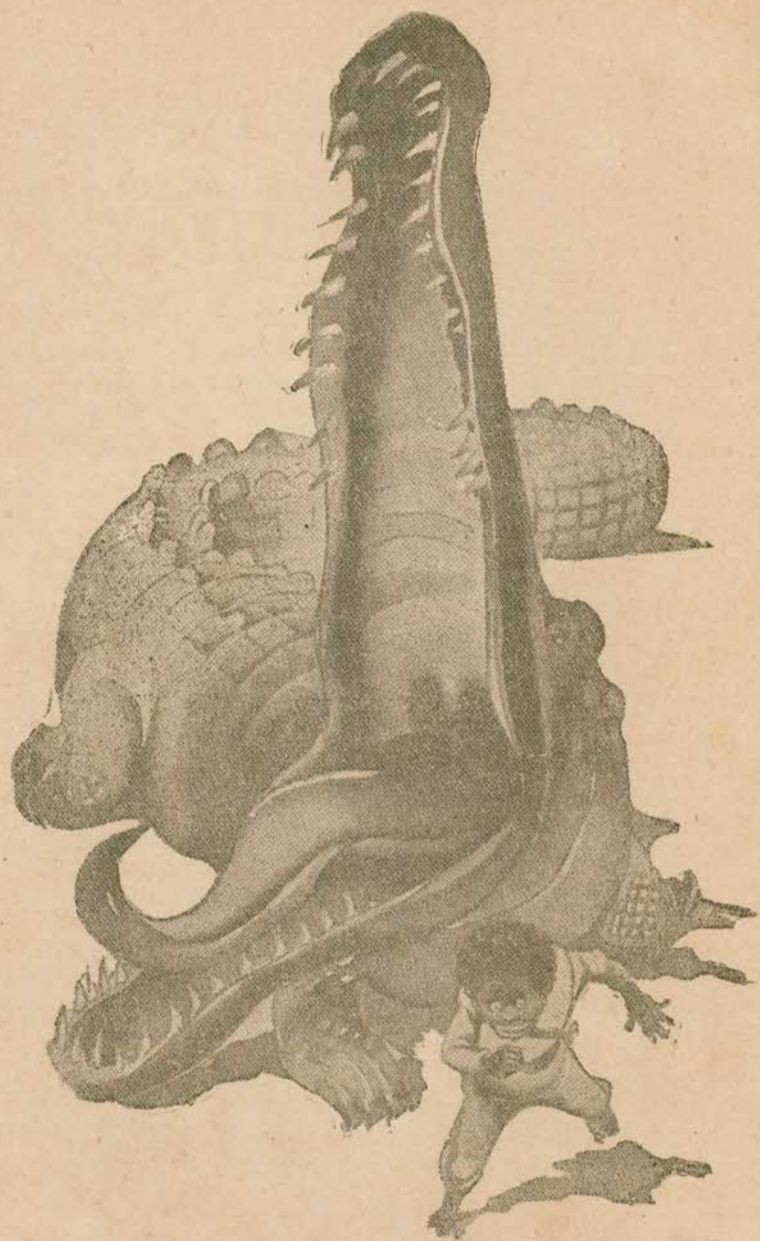
Cocorí gana terreno. La espiral se va ampliando y termina por perderse entre los grandes árboles. En ellos está a salvo. Cocorí ha vencido.

Un rato después se le reúne doña Modorra y lo encuentra todavía con el corazón latiendo desordenadamente.

—¡Cocorí, de la que te has escapado!

—¡Qué bárbaro! —tercia el mono.

—Írle a hablar de sus años —comenta el Pájaro.



—Qué susto me llevé —explica el Negrito—. Hubo un momento en que sentía el vaho del Lagarto quemándome los tobillos.

—Írle a salir con que era un viejo chocho —insitió el Pájaro; pero aquí Cocorí, ya repuesto, le salió al paso:

—Es que yo tengo que averiguar por qué mi Rosa vivió sólo un día y otros...

—Cocorí —le cortó ya un poco molesta la Tortuga—. Yo no sé cómo no te he dado un tirón de orejas. Ya hemos pasado bastantes apuros por tu preguntita y lo mejor será que nos devolvamos.

—¡No, por lo que más quiera, doña Modorra! Por lo menos visitemos a Talamanca la Bocaracá.

Al pájaro se le puso carne de gallina.

—Es la más vieja de las serpientes y nos podrá explicar por qué el mundo anda patas arriba.

—Entonces, por lo menos, vamos a celebrar una reunión con los animalitos del bosque para estudiar un plan. Yo no me puedo responsabilizar sola de esta locura.

—Sí, sí, hagamos una reunión —gritó el Tití.

—Yo me encargo de avisarles a todos —silbó el Pájaro.

—Bueno, una reunión —aceptó Cocorí.

Y los cuatro, reconfortados después del peligro corrido, se abrazaron y sintieron que se estrechaban más los lazos de su amistad. Y repuestas sus fuerzas con moras silvestres se durmieron con el sueño profundo de los justos.